

LLUIS XIRINACS: LA LOCURA DE UN PROFETA

ES primavera en Barcelona, en este enero de 1976 cada día más intenso, más bello. Las voces de los viejos profetas nos llaman al desengaño, tan desengañados están, y todos intentamos asímos a la historia reciente para no caer otra vez en el sueño. Tanto tiempo sin pensar en el futuro y ahora éste se abre, todavía incierto pero ya no tan enfermo, y nos maravilla. Pasan cosas tan raras y tan hermosas que una, nacida con el escepticismo de sus mayores, se levanta cada día con la idea de que todo es falaz y mira de reojo esperando siempre el retorno de los brujos. Pero de momento, en esos días tan soleados, está surgiendo de la tierra todo aquello que parecía muerto. Y los que antes estaban locos ya no lo están tanto, porque su locura es compartida. ¿Será que todos nos estamos volviendo locos? Eso es lo que pienso después de haber visto a Xirinacs sentado en un taburete plegable ante las puertas de la Modelo de Barcelona. Pero el "loco" de Xirinacs no está solo, está con su gente, con la mía. La guardia, color verde, pasea su paso cansado ante cada torre. En las esquinas abunda el color gris, compacto y opaco. Ante la puerta grande, pero en la otra acera, se amontona una multitud informe que se alarga y se despereza como si hiciera un gran, armónico y abierto bostezo. Parece el primer bostezo después de un largo sueño, un bostezo tranquilo, alegre, el bostezo de la libertad.

Lluís Xirinacs, ex candidato al Nobel de la Paz, dos años de cárcel en Carabanchel, acaba de terminar una huelga de hambre de más de veinte días con seis *captaires de la pau* en Montserrat. Y ahora sigue su personal escalada por la amnistía ante la prisión de Barcelona. De sol a sol primero y hasta las ocho y media de la noche ahora, porque así se lo han pedido los que trabajan y quieren estar un par de horas con él, Lluís Xirinacs monta su guardia para recordar los que aún están adentro y los que aún están lejos. A su lado, sentado y con una sonrisa de bonhomía, un anciano de setenta y cuatro años, Ferrán García Fariás. Rostro de anarquista, de aventurero. También está una muchacha de diecinueve años,



Eulalia Marimón, y un marino mercante que está en paro. Xirinacs atrae en primer lugar a los marginados, a los "locos", a los "benditos" que no se han dejado llevar por los tentáculos del adocenamiento consumíctico. Está el cura Xirinacs con un anciano, una muchacha, un parado. La mujer, la vejez, el mundo del trabajo, tres productos que sólo existen cuando

Intelectuales y casi todos los grupos políticos, no todos. Pasa una comitiva de niños con globos que dicen: "amnistia i llibertat". Xirinacs abrazado por una señora del Ensanche, bien vestida, "por fin lo conozco", las manos prietas, los ojos húmedos. Y la Policía carga de nuevo: la gente corre, veo a Comín tirado de los pelos. Todos dan la vuelta a la manzana y regresan al

Montserrat Roig

los que mandan lo deciden. Y ahí están esos cuatro personajes con los vecinos, con los obreros, con los ciudadanos, con los estudiantes de Bachillerato, con los *scouts*, con los curas, con las monjas, con los políticos, con los ex presos, con las mujeres, con los viejos. Ahí están con los de las Asociaciones de Vecinos, con los obreros de la Seat. Con los niños. Cada día hay más gente, cada día se amontona gente de todo tipo, anoraks, bolsos de señora, bufandas, gabardinas, todo se mezcla cuando hay carreras. Una mujer de mediana edad, pelo blanco y poncho de indio, no para de reír en una esquina, otra vez cargan, otra vez carreras. Están los

mismo punto, abrazar a Xirinacs, sonreír a Eulalia, bromear con el viejo García Fariás, animar al marino. Al viejo se le caen sus pastillas, está muy resfriado desde que estuvo en Montserrat. Una boina le cubre la cabeza porque en una de esas carreras por poco que no se la abren. Se calma la gente, el color gris vuelve a ser compacto en cada esquina. Todos vuelven a sentarse, se tranquilizan. Sonríen de nuevo. Baja una vecina, "¿queréis café?". La farmacéutica les deja su caldo diario. Los taxistas pasan por delante en fila y tocan la bocina. Alguien paga a los cuatro una comida diaria en el restaurante que está más abajo. Allá vamos,

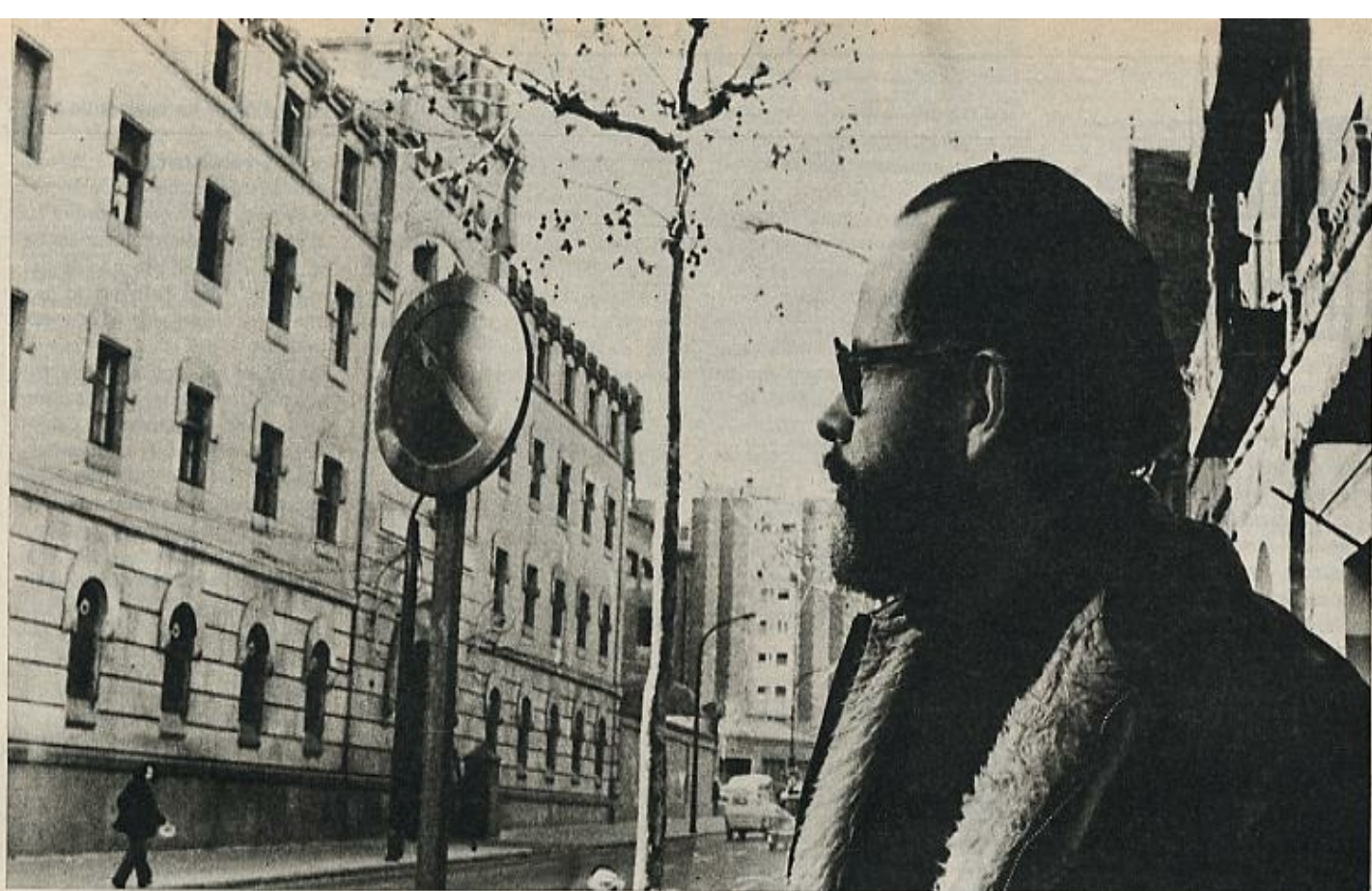
Xirinacs y yo, para conversar un rato. Los demás montan la guardia.

Xirinacs:

—Yo no me considero un político en el sentido estricto de la palabra. Soy partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado, pero eso es un problema de la Revolución francesa, a nivel de poderes. A nivel de pueblo no distingo entre el seglar y el profano. Mi trabajo es socioreligioso, en mí está tan unido que forman una sola cosa. Jesús de Nazaret era de esa clase, un señor que no se metía nunca en el templo. Sólo fue una vez y porque expulsó a aquella gente... Jesús iba por la calle, por los caminos, entre las barcas. Su trabajo estaba en el pueblo.

—Sin embargo, me da la impresión de que tú eres más un contemplativo que un hombre de acción y que si estás tan activo es porque nuestro tiempo te lo exige.

—Mi trabajo actual es hacer de animador social. Es un trabajo quizá algo petulante, teatral. Llamarse profeta engorda a los enemigos, pero es una palabra, la de profeta, que la han engordado para protegerse ellos, los poderosos. Profeta, en Israel, era un señor que no decía a nadie que viviera como él. Era un señor solitario, contemplativo, y en



De sol a sol primero y hasta las ocho y media de la noche ahora porque así se lo han pedido los que trabajan y quieren estar un par de horas con él. Lluís Xirinacs montó diariamente su guardia para recordar a los que aún están dentro y a los que aún están lejos.



eso te doy la razón, pero que tenía una gran incidencia pública entre los Reyes, entre los sacerdotes, entre todos los que querían conservar el poder. El profeta atacaba todo lo que era conservador, reaccionario, todo lo que frenara el avance del pueblo. Cuando todo iba bien, el profeta se retiraba y se dedicaba a la contemplación.

—¿Cómo estás mejor tú, como profeta o como contemplativo?

—Yo estoy muy bien en Santa María del Camí, donde me desterró el obispo de Solsona. Criando champiñones y sin problemas.

—¿Serás más feliz allá que en la Modelo o eres igual de feliz?

—Antes te hubiera dicho que allá. Ahora tanto da: estoy donde hace falta.

—Si tú, ahora, estuvieras en Santa María del Camí, estarías muy nervioso: no podrías incidir en la vida colectiva.

—Pero es que no puedo estar en Santa María del Camí. Es en la Modelo donde tengo que estar.

—Pero estás allí porque lo has elegido así. Podías dejar de...

—Sí, sí, lo he elegido porque es lo que tenía que hacer en este momento. Ya sé, es una respuesta algo mística. Soy muy comodón, no creas. Me habría gustado mucho salir de la cárcel e irme de vacaciones.

En el restaurante pasa la gente para saludar a Xirinacs. La mujer de Huertas Clavería, que no se le aún. Carlos Durán, el director de cine. Un líder obrero. Xirinacs

engulle un enorme plato de macarrones. Disfruta comiéndolo. Una vieja desdentada, pañuelo en la cabeza, una gran y pesada curva en la espalda, se acerca y dice: "Los que están dentro tendrían que estar fuera, ¿no?". Y añade: "Bueno, yo no entiendo de política...". Y se va renqueando, la joroba y un cesto de mercado. Xirinacs sonríe con su ancha inocencia y sigue comiendo los macarrones.

—¿Te gusta comer?

—Sí, mucho, mucho.

—¿Te gustan los placeres materiales?

—Mucho, y me gusta ir a la playa. Me gusta todo, todo.

—No quieres, pues, renunciar a nada en la vida.

—Mira, yo entré en los escolapios e hice allí el voto de obediencia. Este voto acabó en borrajás porque dejé de tener superiores y el voto de pobreza se transformó en una tendencia mía a la austeridad, a la simplicidad. Y el voto de castidad..., pues, es curioso, pero yo he renunciado a tener hijos. Me parece que ya hay demasiados hijos en el mundo. Vale más que me preocupe de los hijos de los demás, que hay mucha miseria. Ya sé que quizá simplifico. Pero, ¿sabes qué pasa? Que, de hecho, empecé a vivir a partir de los treinta años y me dejo llevar más por el instinto que no por la racionalización.

—¿Cuál es tu idea de Cataluña?

—Para mí es algo muy difícil de resumir. La nacionalidad es algo muy profundo que no han aclarado

LLUIS XIRINACS:

los escritores. Por ejemplo, los leninistas. El leninismo respeta las naciones, pero por democracia. Las considera como una reminiscencia feudal, medieval, lo que sea, que el capitalismo tiende a hacer desaparecer y que con el socialismo desaparecerán del todo. Yo no estoy de acuerdo. Creo que el capitalismo aplasta las naciones, como lo aplasta todo, y que el primer socialismo, este socialismo tan duro que aún está lejos del comunismo, por inercia o por lo que sea, también aplasta las naciones y a las personas. Pero es un sarampión y basta. La nacionalidad tiene unas raíces casi biológicas, no raciales. Crea el lenguaje, los niveles instintivos, los afectos de relaciones familiares, de cultura, una serie de cosas que son un estilo de vida mucho más profundo que el económico. Creo, sin embargo, que Cataluña es una nación, la mía, pero que antes hay que pensar en la opresión económica, en cómo vive el obrero. Cataluña es oprimida cultural y políticamente, pero es opresora económicamente. Cataluña está superdesenvolupada, mientras que Andalucía o Extremadura son explotadas, de un modo u otro, por Cataluña.

—¿Crees que resulta fácil hacer comprender el problema catalán a los no catalanes?

—Es muy difícil: el centralismo lo ha envenenado todo. Pero yo siempre me he entendido muy bien con ellos cuando se ha tratado de hablar a nivel del pueblo.

—¿Cómo ves la Asamblea de Catalunya?

—Yo he jugado mucho por la Asamblea desde que nació. Cuando salí de la cárcel, creí que se había parado. Quizá por la gran represión, dos caldas, una de ciento trece personas, otra de más de sesenta. Pero me parecía que también había otra cosa por entremedias, alguien que quizá impedía la celebración de las permanentes.

—¿Qué representa la Asamblea para Catalunya?

—Es la entidad más representativa del pueblo catalán. Lo que es una pena es que la Asamblea no haya cuidado su imagen: hay quien cree que es la copia exacta de la Junta Democrática. Y eso es falso. Creo que es mucho más de lo que dice o de lo que dicen de ella.

—¿Qué papel juega, en todo esto, el Consell de Forces Polítiques?

—Creo que se tendría que hacer un esfuerzo para que el Consell fuera la expresión política de la Asamblea de Catalunya.

—¿Se pueden, pues, complementar?

—Teóricamente, se pueden complementar. Pero hay quien quiere separar una cosa de la otra. Hay gente dentro de la Asamblea que se fia más del dinero que no del pueblo, tiende a separarse de él, y encuentran que en la Asamblea hay demasiado "pueblo" y eso les molesta...

Obstinado, pacífico, tozudo. Xiri-



"El centralismo lo ha envenenado todo". En la foto, Xirinacs con Camacho.

nacs no piensa renunciar a nada. La obstinación, la fidelidad a sus actos es lo que más inquieta. Es una obstinación impertinente, impertinente hasta la muerte. Xirinacs es un Gandhi muy catalán, nacido en el Ensanche de una familia muy católica que durante la guerra apostó por la carta de Franco. Niño mimado, acostumbrado a todo, Xirinacs empezó a balbucear en castellano, una lengua que no era la suya. Tres criadas en su casa, un ama, un Hispano Sulza a la puerta. La guerra hizo añicos este mundo tan idílico y empezó a frecuentar los primeros grupos católicos, posconciliares *avant-la-lettre*. Los ojos de Lluís Xirinacs son claros, transparentes en su rostro inocente. Una inocencia perturbadora en el mundo de hoy. Unos

labios sensuales, unas manos finas, una nariz de niño, todo un rostro, unos gestos y unos ademanes que se animan en la conversación. Algunos le encuentran ingenuo. Otros, *chiflado*. Hay quien dice que es un *démodé*. Muchos piensan que hace el ridículo. Y él va cansando a los demás con su inocencia, su obstinación. Su locura es contagiosa, peligrosamente contagiosa.

—Cuando has hecho huelgas de hambre, ¿has creído morir alguna vez?

—La primera que hice a muerte

como eres en las huelgas de hambre?

—Cuando la tercera, en Zamora. Fue terrible, porque era de hambre y de sed. La terminé porque me pusieron en libertad al cabo de siete días. Pero hubiera podido destrozar mi riñón. Entonces lo pasé muy mal. Luego vino la que duró cuarenta y dos días. Fue cuando me encaré más con la muerte. Dije que no pararía hasta que los ciento trece de la Asamblea de Catalunya no estuvieran libres y no acababan nunca de estar libres. Me encontré muy mal, tuve dos ataques de corazón. Llegó Navidad y no salían. Entremedias pasó lo de Carrero Blanco y todo se complicó de mala manera. Por fin la dejé cuando el abogado Josep Benet me dijo que el juez ya había firmado la libertad de los dos o tres que aún quedaban en la cárcel.

—Teniendo tan cerca la muerte, ¿no tuviste miedo a morir?

—El problema de la muerte se puede superar. Creo que la persona humana está dentro de un ciclo mucho más ancho y nuestro nacimiento y nuestra muerte son muy relativos. La muerte es un momento sólo. Todo lo demás es vida.

—Sí, pero cuando te enfrentas a la muerte eres tú quien se muere, no los demás.

—Tienes que ser más simple. ¿Crees que es más terrible morir por una huelga de hambre que a los ochenta y siete años, con bolsas de hielo, con el termómetro, que te estén cagando encima del pijama? Yo encuentro mucho más noble morir ante un piquete de ejecución que comido por los microbios y cosas de esas... Todo es relativo.

—De todas maneras, ¿creste algún momento que la muerte podía llegar?

—Mi madre dice que yo he muerto cuatro o cinco veces. Ella así lo dice. Vino a verme y le pedí perdón por una serie de cosas: estaba totalmente encarado con la muerte. Creo que el cristiano es una persona que ya ha dado de entrada su vida. Eso no es lo mismo que el suicidio. Tienes que estar dispuesto a jugarle la vida por lo que haga falta. Mientras sea algo que valga la pena, ¿entiendes? Es decir, el cristiano es alguien que ya está muerto de entrada. La realización física de la muerte es sólo un detalle.

—Me da la impresión de que, al mismo tiempo, amas mucho la vida, ¿no?

—Mucho, mucho, mucho. Pero la muerte no es más que una cosita pequeña.

fue cuando el proceso de Burgos, que duró veintitún días. Pero esa no iba contra el Gobierno, sino que iba dirigida al pueblo catalán. Eso es algo que Gandhi lo recomienda mucho: que las huelgas se hagan de cara a los amigos, no de cara a los enemigos. Esta la hice muy seria, muy fuerte, dispuesto a lo que fuera, a morir. Pero a los veintitún días el pueblo catalán ya había reaccionado y nuestros políticos se me presentaron para decirme que les diera un margen de confianza. A los dos meses convocaban la Asamblea de Catalunya.

—¿Llegaste a creer algún momento que podías morir?

—Yo tenía mucha confianza en el pueblo.

—¿Cuál fue la peor, veterano

—La muerte es tuya y no de otro. Eres tú quien renuncia.

—¿Quieres decir que es mía? Eso ya lo has dicho dos veces. Yo no soy mío, por lo tanto la muerte ya no es mía.

—Realmente, eres un místico...

—No creas. Eso que digo simplifica mucho la vida. La mayoría de las personas se pasan la vida sin vivirla por miedo a perderla. Entonces no viven. A mí me gusta mucho la vida porque una persona que la tiene dada es mucho más libre.

—¿A quién la tienes dada?

—A todos y a todo.

—¿A Dios también?

—Dios está muy lejos, ¿sabes?

Es una palabra muy importante... La tengo dada a todo, a la vida en general. ¿Sabes qué pasa? Que si yo me muero habrá lugar para otros, ¿y por qué tengo que ocupar más sitio yo que otro? Hay un proverbio árabe que dice que cuando bebas en un pozo lo hagas rápido para dejar que beba el que está a tu lado. En la vida, tan elegante es introducirte en ella como saber retirarte a tiempo.

—Más de una vez te deben de haber dicho que eres un loco, ¿no?

—Cuando hice la que duró veintidós días me hicieron visitar por un psiquiatra. El médico fue consciente y dijo que yo no estaba loco. Quizá sí que estoy loco. ¿Pero hay alguien que no lo esté un poco? Todos hacemos locuras, de una clase o de otra. Quien esté limpio de pecado, que tire la primera piedra en eso de estar loco.

—¿Cómo te vas a ti mismo?

—Sinceramente, desde que cumplí treinta años, casi no me veo. Hago cosas que ni yo mismo las puedo llegar a definir.

—En lo que estás haciendo, ¿no tienes miedo de caer en personalismos?

—Miedo no tengo. Cuando hago una cosa y noto que no tiene resonancia popular, es que me he equivocado. No en el sentido de que me alaben a mí, sino de que valga la pena lo que estoy haciendo. Por ejemplo, con eso de la amnistía, lo que importa es que se pida, no que me vengan a ver a mí. Si venirme a ver y estar conmigo provoca que la den, pues entonces que vengan, que me miren a mí o a su ombligo, qué más da.

—¿Qué ha quedado de tu paso por la cárcel?

—Estoy muy contento de haber estado en la cárcel, pero me ha dejado una cosa aquí, dentro mío, que pesa horrorosamente, mucho, mucho.

—¿En qué sentido?

—Que he conocido una humanidad muy triste y muy dolorosa, y



me ha dejado una especie de cosa que me he quedado ablandado.

—Así, estás a la puerta de la cárcel para recordar a los que están dentro, ¿no?

—De ello puedes estar bien segura.

—¿En qué sentido hace daño la cárcel?

—A mí personalmente no me ha hecho daño. He tenido suerte, me han tratado entre algodones. Pero me ha hecho ser más consciente del dolor y de la miseria de la Humanidad. Es curioso, he estado bien tratado gracias a que los que pasaron por Zamora, los curas encarcelados allí, hablan luchado por mejorar aquellas condiciones de vida tan inhumanas. Así, yo ya no llegué a Zamora, me quedé en Carabanchel. En cierto modo, el Estado había reconocido sin decirlo que aquello era fatal. Cada vez Zamora está peor, deben de quedar unos cuatro o cinco curas. Están superincomunicados. Cuando lo de Carrero Blanco, ni se enteraron. Con ellos estoy en deuda.

—Por la noche, cuando te quedas solo contigo mismo, ¿qué piensas de todas estas cosas?

—Yo siempre que me he quedado solo me he sentido muy feliz. Cuando hago, como ahora, algo público, necesito de la soledad. La noche es muy grande para mí. Normalmente no me duermo hasta que no he puesto en orden todas las cosas del día. Eso que clásicamente se llamaba un examen de conciencia, quedar en armonía interior.

—¿Crees que el hombre del futuro será mejor?

—Sí, sí, el hombre es muy bueno. Tenemos diez mil años de experimentos de transformación de la naturaleza y ya hemos pagado la novatada.

—Así, ¿estás seguro de que vamos para mejor?

—Por supuesto, por supuesto... Vamos construyendo para mejor. Esos diez mil años no sólo han sido diez mil años de miseria, sino de acumulación y de mejoría latente bajo aspectos de mucha inestabilidad. Ahora ya estamos muy cerca del equilibrio.

—¿No se van a repetir, entonces, fenómenos como el nazismo?

—Hombre... Digo que quizá tengamos que esperar doscientos o trescientos años. Claro que se van a repetir pinochetadas tan fatales como ésta... Aquí en España, por ejemplo, podemos volver atrás en un momento determinado. A mí no me hace feliz pensar que voy a disfrutar tiempos mejores, sino el trabajar para que éstos lleguen muy pronto.

Volvemos con Xirinacs a su puesto. Un grupo de jóvenes, sentados en el suelo, charlan. Pasa la farmacéutica y les da un *tupperware* de caldo. "Anda, os lo tomáis ahora, que está caliente". Xirinacs vuelve a sentarse, siempre con su sonrisa inocente, su rostro de luna llena, la barba entre negra y rojiza. Los que le conocen dicen que tiene el mismo aspecto que hace diez años. Es cierto: no parece que tenga más de cuarenta años. Parece un niño con la cara adornada de pelambre. Un *scout* catalán del Ensanche. Un grupo de gitanos se paran y saludan al cura. Los niños gritan, "¡qué bien, qué bien!", porque ha salido uno de ellos de la cárcel. Se saludan todos y ríen. Vuelve a haber carreras. Todos corren menos el cura, la chica, el marino y el viejo. A la chica la arrastran porque no se quiere mover. A Xirinacs se lo llevan lejos, a un descampado. Al viejo, al Tibidabo. A la chica, a Cornellá... Pero todos vuelven, día tras día, ante las puertas de la Cárcel Modelo. Cuando oscurece aparecen los que han estado trabajando. Se encuentran los amigos, los conocidos. Llega la hora de marcharse, son las nueve menos cuarto. Un grupo apretado empieza a andar, lentamente, detrás de Xirinacs. No le abandonan hasta que sube al taxi que le ha venido a recoger. Después volverán todos a sus casas: mañana será otro día, unos volverán al trabajo, otros irán ante la cárcel. Los locos irán aumentando y su profeta ya no estará tan solo. ■ M. R. Fotos: PILAR AYMERICH.

ALIANZA TRES

Ultimos títulos publicados

Gerald Durrell Mi familia y otros animales

Prólogo de Lawrence Durrell
Traducción de María Luisa Balseiro
AT 20, 315 ptas.

Pierre Drieu la Rochelle El fuego fatuo

Traducción de Emma Calatayud
AT 19, 140 ptas.

Ezequiel Martínez Estrada
Cuentos completos
Edición de Roberto Yahni
AT 18, 400 ptas.

Brian W. Aldiss
Intangibles S. A.
y otros relatos
Traducción de Francisco Torres Oliver
AT 17, 200 ptas.

La escritura en libertad
Antología de poesía experimental
Selección, prólogo y notas bibliográficas de Fernando Millán y Jesús García Sánchez
AT 16, 250 ptas.

Ernesto Sabato
Abaddón
el exterminador
AT 15, 300 ptas.

ALIANZA EDITORIAL